

V

B

Ceda

rio

UN DOMINGO EN LA IGLESIA DEL BUEN PADRE JUAN.

*Por Andrés Samper.
escrita en 1944*

San Cristóbal Tiene Memoria

“Recuperando escritos de la historia”

Alcaldía Local de San Cristóbal

Rubén Hernández Molina

Un domingo en la Iglesia del buen Padre Juan.

1944

¡Milagro, Milagro! -Cuál era la tragedia que vivían hasta hace algunos años los barrios del sur. - Figura apostólica es la del Padre Juan.

-Dos mil niños necesitan pan.

Por Andrés Samper.



Iglesia salesiana a la devoción del Divino Niño Jesús recién terminada. Bogotá, Colombia.

Diciembre 1944 y enero 1945

Fuente: Guillermo Wiesner Rozo / Andrés Samper. Casas y Solares

Sol de domingo. Un sol brillante y generoso que baña la ciudad entera en esta mañana radiante y excepcional por la pureza del cielo, azul hasta el infinito, y por la agilidad del aire, que parece perfumar el día.

El tranvía en que viajamos tiene pintada la carrocería de rojo y de plateado. Y atraviesa las calles con su paso tardo, recogiendo infinidad de pasajeros que llaman la atención por su heterogeneidad.

Porque han subido al carro caballeros enguantados, con finos sobretodos de camello; sirvientas emperejiladas con trajes de colores subidos y chocantes; agentes de la policía uniformados de gala y uniformados de servicio; campesinos estrenando jipas; empleados, estudiantes, mecanógrafas, matronas, niños; todas las clases sociales, todas las edades y todos los gustos están representados en este coche número 114, que comienza ahora a dar tumbos sobre la carrilera, rumbo al santuario bendito del buen Padre Juan.

La línea que recorreremos parece haber abandonado ya las ultimas regiones conocidas que tiene la ciudad.

La numeración de las casas, que había ido decreciendo hasta llegar al 1-01, carrera 7ª con calle 1ª, sube ahora nuevamente, pero complementada con la letra indicadora de que estamos recorriendo el sur de Bogotá.

Dejamos atrás las calles asfaltadas. Y comienza el tranvía a galopar como potro desbocado para carrileras extrañas, llenas de curvas que se arriman a paredes de bahareque, de subidas y bajadas, de viaductos y de “cambios”.

De pronto, descenso semi-vertical y un ascenso no menos pronunciado.

Una curva forzada. Los frenos de aire que resoplan. Y el carro número 114 se detiene justamente frente a la iglesia que constituye el santuario de los niños del Padre Juan.

La plazoleta hierve, literalmente, de gente. Hay vendedores de pasteles, vendedores de polares, vendedores de caramelos, y de chicharrón, y de rosarios, y de estampas.

Dos altoparlantes colocados en lo más alto de la torre de la iglesia, retransmiten en rezo que conduce desde adentro un presbítero oficiante.

Una mujer pregona aguardiente, a cinco el trago; un hombrecillo menudo y displicente ofrece pesar a la gente por sólo dos centavos, encimando a los niños de balde.

Las naves de la iglesia rebozan de fieles. Al fondo, bien arriba del altar, está la imagen milagrosa del Niño Jesús. Suena el órgano. Y en todos los ojos hay una esperanza de prodigio, y en todas las manos una súplica mística, y en todos los pechos una devoción sin fronteras.

Todos los que aquí han venido buscan el milagro como el sediento busca la fuente. Y el niño del Padre Juan ha hecho muchos milagros, de los cuales no es el menos la obra misma del Padre Juan.

Terminada la misa, hemos hallado al hijo de San Juan Bosco, revestido de roquete y con el bonete cubriendo su cabeza venerable.

El Padre Juan es italiano. Vino a Colombia hace ya muchos años, cuando la primera guerra mundial ensangrentaba a Europa; y en Colombia, desde entonces, se quedó.

Vivió en Barranquilla y en Ibagué. Un día lo trasladaron a esta capital. Y quiso la suerte llevarlo a ejercer su ministerio de salesiano a los barrios del sur.

Apegados contra el páramo inclemente, rodeados por todas partes de chircales, los barrios del sur son húmedos, desolados y fríos.

Allí solo en raras ocasiones, como hoy, brilla en todo su esplendor el sol. Y sus habitantes se mantienen en un estado lamentable de pobreza material y espiritual. Son, en su mayor parte, chircaleros. Y los lectores saben muy bien lo que significa ser chircalero en Bogotá.

Pero como el género humano es el género humano; y como en este mundo olivos y aceitunos todos somos unos, también los chircaleros, pese a su pobreza indescriptible, tienen hijos. Y también los hijos de los chircaleros tienen que comer.

Mas no se puede comer sin tener con qué comprar para comer. Y por eso, veinte centenares de niños comenzaron a ser en aquellos barrios perdidos un gravísimo problema social.

Hubo incontables robos de menor escala; riñas feroces entre chiquillos que llegaron a atacarse con cuchillo y con puñal; y una ola de claudicación moral se extendió por toda la región, pese a los esfuerzos de los buenos habitantes que trataron de contenerla apelando al Padre Juan.

Sobre aquella confusión vertió el buen Padre a manos llenas su bondad. Pero no bastaba la bondad para cerrar la llaga. Hay llagas que sólo pueden curarse con pan.

Veces hubo en que, mientras atendían la explicación de la doctrina, los chircaleños que el Padre Juan llevaba a la iglesia para corregirlos sin que lo sintieran, se desmayaban; tal era la desnutrición en que por entonces se encontraban.

Y entonces el Padre Juan, haciendo un acto de fe del cual surgió el milagro, apeló de todo corazón al niño entre los niños y le pidió un poco de pan para alimentar a sus pequeños feligreses.

Y llegó el pan. Nadie recuerda de donde vino, pero llegó. Al día siguiente, cada muchacho pudo morder un mendrugo a tiempo que repasaba el catecismo; y si al otro día dos, y tres al siguiente, y cuatro al otro.

A la vuelta de un mes el Padre Juan estaba dando a cada niño –dos mil en total- cuatro panes diarios y dos pastillas de chocolate para que pudieran alimentar. El barrio de moralizó. Cesaron las fechorías que antaño cometían las manos infantiles, urgidas por hambre.

Y las campanadas de la rústica capilla que por aquel entonces se levantaba en las apartadas regiones del sur, sonaron una mañana en todos los corazones, y las gentes entendieron su mensaje, que decía:

-¡Milagro! ¡Milagro! ¡Ha operado un milagro el niño de los niños del buen Padre Juan!

De entonces para acá jamás ha faltado el alimento a los chiquillos chircaleños. El prodigio se repite cada día. Gentes conocidas, y desconocidas, suministran los panes y el chocolate que todas las mañanas reparte el Padre Juan.

Acuden los bogotanos todos al santuario, y de boca en boca corre la leyenda taumatúrgica que en este domingo de sol ha hecho doblar tantas rodillas ante la imagen del rey de reyes.

Una muchedumbre de creyentes se agolpa en la iglesia, y en la plaza que rodea a la iglesia, y en las calles que rodean a la plaza que rodea la iglesia. . .

Dos mil niños, entretanto, han tomado asiento en rústicos banquillos, prontos a recibir su desayuno. Sobre la terraza del edificio que ahora hace las veces de casa cural, aparece el Padre Juan. Y habla a los niños, y los niños abajo, se agitan, y aplauden, y gritan, y ríen.

El sol descende a plomo. Sube hacia lo alto un perfume de incienso, y un himno de rezos resuena discreto y monótono.

Contra la cruz que a sus espaldas se levanta, se recorta, apostólica y magnífica, la figura orante del hijo de Juan Bosco, el ministro de Nuestro Señor.

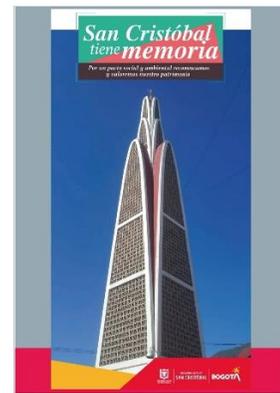
Sol de domingo. Azul está el cielo. Regresa el tranvía. Pero aún trabaja nuestro pensamiento recordando cómo miraban y cómo aplaudían dos mil chircaleños, pequeños y hambreados, al buen Padre Juan.

Tomado de:

Casa y lotes, revista de la propiedad raíz publicada por Wiesner & Co. Ltda.
Numero extraordinario dedicado a Bogotá.
Volumen II, números 8 y 9.
Por Andrés Samper.

Bogotá, Colombia. Diciembre 1944 y enero 1945
Director: Guillermo Wiesner Rozo

“No autorizamos la transcripción de nuestros artículos y material sin mencionar su procedencia.”



San Cristóbal Tiene Memoria

...recuperando escritos de la historia/

Alcaldía Local de San Cristóbal

RHM

Nota: Fiel copia del escrito original transcrito por su importancia para la localidad.

Fuente: Biblioteca Nacional de Colombia

Alcaldía Local de San Cristóbal

2023